

JOSEPH ROTH

EL LEVIATÁN

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE MIGUEL SÁENZ

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Der Leviathan*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1938, 1989 by Verlag Allert de Lange, Ámsterdam,
y Verlag Kiepenheuer & Witsch, Colonia

© de la traducción, 1992, 2003

by Miguel Sáenz Sagaseta de Ilúrdoz

© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-77-5

DEPÓSITO LEGAL: B. 16 284-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

En la pequeña ciudad de Progrody vivía en otro tiempo un comerciante de corales, conocido en toda la región por su honradez y la excelente y fiable calidad de sus géneros. De pueblos lejanos venían a él las campesinas cuando necesitaban una joya para alguna ocasión especial. Hubieran podido encontrar también en las cercanías otros comerciantes de corales, pero sabían que sólo podrían comprarles baratijas corrientes y chucherías baratas. Por eso hacían a veces muchas verstas, en sus pequeños y desvencijados carrioches, para ir a Progrody, a casa del famoso comerciante de corales Nissen Piczenik. Iban normalmente los días de feria. Los lunes era la feria de los caballos; los jueves, la de los cerdos. Los hombres observaban y examinaban a los animales y las mujeres iban en grupos irregulares, descalzas, con las botas colgadas al hombro y unos pañuelos de colores radiantes incluso en los días nublados, a casa de Nissen Piczenik. Las plantas de sus pies, duras y desnudas, tamborileaban

alegre y amortiguadamente en las huecas tablas de la acera de madera y en el amplio y fresco zaguán de la vieja casa en que el comerciante habitaba. Desde el abovedado zaguán se pasaba a un patio tranquilo donde, entre adoquines desiguales, proliferaba un musgo suave y, en la estación cálida, brotaban hierbecillas aisladas. Allí venían amablemente al encuentro de las campesinas las gallinas de Piczenik, rojas como los más rojos corales.

Había que llamar tres veces a la puerta de hierro, de la que colgaba un aldabón de hierro también. Entonces Piczenik abría un pequeño tragaluz recortado en la puerta, miraba a los que querían entrar, recorría el cerrojo y dejaba pasar a las campesinas. A los mendigos, cantores ambulantes, gitanos y hombres con osos bailarines les solía dar una limosna a través del tragaluz. Tenía que ser muy precavido porque, en todas las mesitas de su espaciosa cocina, y también en la sala, estaban sus preciosos corales en montones grandes, pequeños y medianos, pueblos y razas diversos de corales mezclados o bien ordenados ya por calidades y colores. Hubiera hecho falta tener diez ojos para vigilar a todos los mendigos. Y Piczenik sabía que la pobreza es la más

irresistible inductora al pecado. Es verdad que a veces robaban también las campesinas adineradas; porque las mujeres sucumbían fácilmente al placer de apropiarse en secreto y con riesgo de una joya que hubieran podido comprarse cómodamente. Pero, con los clientes, el comerciante cerraba uno de sus vigilantes ojos e incluía ya algún latrocinio en el precio que pedía por sus géneros.

Daba trabajo a no menos de diez ensartadoras, jóvenes bonitas, de buenos ojos seguros y manos finas. Las muchachas se sentaban en dos filas a una larga mesa y pescaban los corales con sus uñas delicadas. Así surgían las hermosas sartas regulares, en cuyos extremos estaban los corales más pequeños y en su centro los más grandes y luminosos. Mientras trabajaban, las muchachas cantaban a coro. Y en verano, en los días calurosos, azules y soleados, se ponía en el patio la larga mesa a la que se sentaban las ensartadoras, y su canto veraniego se escuchaba por toda la pequeña ciudad, dominando a las gorjeantes alondras bajo el cielo y a los chirriantes grillos de los jardines.

Hay muchas más clases de corales de lo que saben las personas corrientes, que los conocen

sólo en los escaparates o las tiendas. Ante todo, los hay pulidos y sin pulir; los hay también de bordes rectos o redondeados; en forma de espigas o de bastoncillos, que parecen de alambre espinoso; de un resplandor amarillento, corales casi blanquirrojos, del color que tienen a veces los bordes de los pétalos de las rosas de té, rosa-doamarillentos, rosados, rojos ladrillo, rojos remolacha, de color cinabrio y, finalmente, los corales que semejan gotas de sangre coaguladas y redondas. Los hay torneados y semitorneados; corales que parecen pequeños barrilitos y otros que parecen cilindros pequeños; hay corales derechos, torcidos y hasta jorobados. Hay estrellas, pinchos, púas, flores. Porque los corales son las plantas más nobles del submundo oceánico, rosas para las caprichosas diosas de los mares, tan ricos de formas y colores como los caprichos de esas diosas.

Como se ve, Nissen Piczenik no tenía una tienda abierta al público. Tenía el negocio en su casa, es decir: vivía con los corales, día y noche, en verano y en invierno, y como, lo mismo en su salita que en su cocina, las ventanas daban al patio y además estaban guardadas por gruesas rejas de hierro, reinaba en la casa una penumbra be-

lla y misteriosa que recordaba al fondo del mar, como si los corales crecieran allí y no como si se vendieran. En efecto, por un singular y francamente intencionado capricho de la Naturaleza, Nissen Piczenik, el comerciante de corales, era un judío pelirrojo, cuya perilla de color cobre recordaba una especie de alga rojiza y daba a todo aquel hombre un parecido sorprendente con un dios marino. Era como si él mismo crease o plantase y cogiese los corales con que comerciaba. Y tan marcada era la relación entre sus géneros y su aspecto, que en la población de Progrody no se le conocía por su nombre, que con el tiempo se olvidó incluso, y se le designaba únicamente por su profesión. Se decía por ejemplo: «Ahí viene el comerciante de corales...», como si en el mundo entero no hubiera otro comerciante de corales que él.

Nissen Piczenik sentía realmente una ternura familiar por los corales. Muy alejado de las ciencias naturales, sin saber leer ni escribir—porque nunca había ido a la escuela y sólo sabía dibujar torpemente su propio nombre—vivía en el convencimiento de que los corales no eran algo así como plantas, sino animales vivos, una especie de animales marinos rojos y diminutos..., y